

fo que se opone á sus disposiciones, y el derramamiento de sangre entre individuos de una misma familia. Y lo segundo: en que para que una rebelion se sostenga, necesita que Dios con su permission la apruebe.

Todos los hijos de Jacob en los reynados de Saul, David y Salomon adoraban al Dios verdadero; apénas las diez tribus reveladas se separan de la obediencia de Roboan y eligen por caudillo á Jeroboan, quando este erige los ídolos de oro en Dan y Bethel, ante los quales doblan gustosos las rodillas aquellos hijos de Jacob que alzados contra su soberano legítimo no dudaron un momento en conjurarse tambien contra el Dios que sus padres y ellos mismos adoraron. Conseqüencia parece lo uno de lo otro. Los señores de Israel al tiempo de declararse desobedientes al hijo de Salomon, no pensaron ciertamente en ser idólatras; pero una razon de estado que se consideró necesaria á establecer su nuevo trono los empeñó en un crimen que no habian antes imaginado. Así multiplica sus delitos el hombre quando abriga una pasion ambiciosa que le adula.

Hemos visto los efectos de una revolucion autorizada con la permission del cielo, y vamos á ver los efectos de otra que no logró igual apoyo, y en cierta manera no dexa de ser parecida en sus principios á la del reyno. Disgustadas las tribus de Israel de que David diera á la de Judá la preferencia en un acto brillante y de mucho honor á que aspiraban todas, se irritan hasta el caso de que muchos de sus mas ilustres miembros levantando gente, y eligiendo por caudillo al rebelde y sedicioso *Seba*, se apartáran de la obediencia de su rey bien dispuestos por la rivalidad á defender con las armas su rebelion. Enojado David con semejante arrojó, comisiona á su general Joab para que con lo mejor de sus tropas busque y castigue á los rebeldes, y particularmente á *Seba*, quien con su numerosa fuerza ocupa la fortísima plaza de Abela, resuelto á sostener en ella una conjuracion que graduaba justa su insolencia. Pone Joab sitio á la plaza bien satisfecho de la dificultad de su expugnacion; pero la facilita una buena señora vecina de Abela, que despues de una pequeña conferencia con el general Joab pasa á persuadir á sus conciudadanos ser un delito

enorme dar abrigo en su pátria á un traidor comunero, y logra que se le corte la cabeza á *Seba*, la que le arrojan por el muro á Joab, que se dió por satisfecho con una accion que supo labar tan bien la mancha de infidencia con la muerte de su insolente cabecilla. Aunque el autor sagrado no quiso darnos el nombre de esta ilustre muger, ella merece un distinguido lugar en la historia Santa, y es un exemplar capaz de enseñar á los hombres las obligaciones con que han nacido; de las que saben olvidarse con desaire del gran talento con que se presumen.

En la rebelion actual del reyno no necesitamos que Dios por el ministerio de un profeta ó de un ángel nos revele que la desaprueba; basta poner la atencion en los principios sobre que se ha fundado, los medios con que se conduce y los fines á que aspira para calificar que el cielo no puede autorizar tantas maldades. Desde que Dios dictó su ley á los hombres, y su divino hijo dejó estampadas sus máximas en el Evangelio, quedó descubierto y accesible á todos los mortales el camino de la virtud: el que no quiere hir por él, no debe ofenderse de ser reprendido por la mala direccion que dá á sus operaciones. Si se empeña en seguir el error y en atraer á él á sus semejantes, merece ser separado de entre ellos para que su corrupcion moral y política no inficione y destruya á toda la masa del estado á que pertenece.

Quando el corazon humano llega á embriagarse con el crimen, no hay medio por vil que sea, que no adopte si lo considera útil á satisfacer su perversa inclinacion. Alentar al súbdito á que empuñe el cuchillo contra su superior es una clase de delito que jamas á logrado indulgencia entre los hombres aun los ménos civilizados, porque todos lo han vengado con los mas espantosos suplicios. El cielo mismo esconde tanto sus piedades en los desafueros del atrevido, que ni aun las burlas tolera quando se dirigen contra el respeto de la autoridad que lo merece: víctimas de unas fieras fueron aquellos insolentes muchachos que llamaron *calvo* al profeta Eliseo, castigo terrible en que dió á conocer el Ser Supremo el enojo que le ocasiona el desacato de aquellos que por su edad y estado están obligados á ser reverentes con sus mayores en dignidad y sabiduría.

Extraña Hidalgo que ocho ó diez mil soldados del rey no tengan ánimo para oprimir á su oficialidad, debiendo extrañar cómo pudo él ser obedecido de unos subalternos suyos que conocian su desmerecimiento? Que viva seguro entre sus súbditos el superior que es amado de ellos, nada tiene de extraño; pero que logre igual beneficio aquel que es aborrecido por los mismos que le obedecen, es un misterio de difícil penetracion. En los congresos donde reyna la virtud existe el orden baxo la direccion de un hombre solo amparado con las armas de la razon; pero en los congresos en que reyna el vicio, solo se encuentra el desorden siempre dispuesto á sacrificar en las aras de su delito al gefe que lo apadrina. Las tropas reales, hijas del reyno, que han tenido ánimo para destrozarse en distintos puntos los llamados ejércitos de los sediciosos, no le han tenido para sublevarse contra sus honrados y valientes capitanes, porque este insolente y descarado atrevimiento no pertenece á las nobles funciones del ánimo, sino á los torpes accesos de la locura. ¿Quién le dixo á Hidalgo ni á sus necios coadjutores que el valor generoso del soldado se destina á cometer las acciones que deben cargarlo de ignominia? ¿No es el principal objeto suyo correr por el campo de las virtudes militares en alcance del laurel inmarcesible que debe coronar de gloria su frente? ¿Puede el real soldado, valiente y vizarro, tener destino mas noble y sagrado, que dar su sangre en defensa del honor del Dios que adora, ultrajado por una congregacion de facciosos compatriotas? ¿Puede el soldado cristiano y religioso preferir al servicio de su jurado y adorado Principe, el de unos traidores y vagamundos que llevan la desolacion y corrupcion moral por todas partes? ¿Y este virtuoso guerrero habia de cometer la vileza de alzar la mano contra sus ilustres y católicos comandantes, para hir á servir á una turba de revoltosos, sin carácter ni sentimientos de honor ni de humanidad? ¿Los esclarecidos defensores del patrimonio del mejor de los reyes Fernando VII habian de abandonar sus banderas coronadas de honor y triunfos para ponerse á la sombra de unas banderas infames, manchadas con los mas sucios y vergonzosos crímenes? La suerte aciaga de la guerra podrá privar

de la vida al soldado que defendió los derechos de una causa justa, pero su nombre permanecerá indeleble en el seno de un Dios remunerador de la virtud que se consagró al respeto de sus leyes. No logrará esta suerte feliz el hombre infiel y revoltoso; porque no siendo este el camino que conduce al templo de la virtud, los mismos delitos á que le arroja su libertad insolente, hará aborrecido su nombre á un mas allá de todos los siglos, sino logra la gracia de desterrarlo en tiempo; y en esta gracia debe fiar muy poco el que se arroja al crimen contra el dictámen de la razon que manda, y con la confianza de enmendarlo si sus pasiones delinquentes triunfan.

Los rebeldes han visto ya el desengaño de que los soldados reales obran en su contra con toda la nobleza y energia que caracteriza á los buenos guerreros: estos están dispuestos por el amor á su rey á desafiar á los mejores batallones del tirano de Europa: mas que en su disciplina militar, ponen su confianza en los auxilios del cielo, y en el patrocinio de la Madre de Dios á quien pertenece por voto la monarquía española. La muchedumbre insolente de los sediciosos no es capaz de imprimir temor en su corazon ya decidido á sostener la gloria de España, y el honor de este suelo en que nacieron. La infame seduccion con que han querido trastornarlos sus locos compatriotas no ha tenido lugar ni lo tendrá en sus almas generosas que han conocido ya la perfidia que envuelve su provocacion. Con las armas en la mano han desmentido las vanas promesas de los facciosos. Si les fuere adversa la suerte de la guerra morirán en el campo del honor con la esperanza de que la tierra madre producirá de su seno otros fieles guerreros que la purguen de quantos desnaturalizados hijos han manchado su reputacion.

El hombre ha de morir; y supuesto que nació sujeto á esta ley imprescriptible muramos pues, soldados valerosos, pero sea castigando un fanatismo armado contra nosotros y contra nuestros mas sagrados respetos: muramos, pero sea en el campo de la honra, no en los brazos de la infamia: muramos, pero sea abrazados con la virtud no con los remordimientos de un delito criminal: muramos, pero sea en defensa de la razon, no en obsequio de la injusticia. Si conviene á los altos

designios de Dios que prevalezca la maldad: muramos imitando generosos á los ochocientos guerreros del valiente Macabeo, que atacaron impávidos al numeroso ejército de los Sirios, y dieron gustosos la vida por la gloria del Dios que adoraban. Mas vale morir con buena fama, que vivir con ignominia. Si para empeños tan recomendables como este no sirve el hombre ¿para que sirve?

Anímaos del fuego de vuestros compatriotas... ¡Dios Santo! ¿qué fuego? puede esta devoradora llama estar autorizada por el aliento de una deidad conservadora de la especie humana? ¿puede este fuego escandaloso ser avivado por un Señor tan zeloso del orden entre unas criaturas tan privilegiadas como los hombres? ¿puede esta hoguera inclemente que aspira á abrasar el estado, ser agitada por las manos de un Dios que ha dictado siempre la paz y el amor á los mortales? Este fuego revolucionario ¿no es todo obra del malvado corazón del hombre entregado al arbitrio de todas sus pasiones feroces? El es alentado por el hombre impio, y permitidos sus efectos destructores por el Ser Supremo que en los mismos efectos construye el premio y el castigo: sea pues aquel maldito fuego el que anime á los enemigos del nombre español, que él mismo será su ruina, al mismo tiempo que sea crisol donde se purifique la virtud.

Si se reflexiona imparcialmente sobre la revolución del reyno y la estimación que ha tenido, entre la gente idiota y desarreglada, se hallará que ningún pueblo ha sido tan ingrato que se olvidase ni rompiese los dulces lazos de la naturaleza: ninguno tan bárbaro que caminase á sangre fría á la destrucción de sus amigos y semejantes: ¿quién jamás acometió sin ser antes probocado? ¿Quién por una ofensa imaginaria acometió al ciudadano quieto, débil y desarmado? ¿Quién mata al hombre injustamente y se complace de su delito? Los revolucionarios han baylado al rededor de sus inocentes víctimas, después de verlas destrozadas por sus manos facinerosas; y levantan engreídos su frente procaz, para anunciar á toda la tierra que han obrado una maldad sin ejemplo. Contra esta maldad debe armarse el hombre de bien: escuchad al Boecio — *Ite nunc fortes ubi*

celsa magna ducit exémplici via ¿cur inertes terga mandatis? Superata tellus sidera donat.

EL ARISTARCO.

NUMERO 12.

Continuación del discurso contra el fanatismo de los rebeldes de Nueva España, por Don Fermín de Reygadas.

PROPOSICION UNDÉCIMA.

Me veo en la triste necesidad de rechazar las sospechas que se tienen de mí sobre no seguir la religión santa y el abandono de la fé sobrenatural que recibí en el bautismo. Os juro americanos míos, que jamás me he apartado de la creencia de la Iglesia católica: no he dudado de sus verdades: estoy convencido de la infalibilidad de sus dogmas, y estoy dispuesto á derramar la sangre por ellos.

Quando las operaciones del hombre no se conforman con lo que anuncian sus labios, se le puede desmentir públicamente sin que se repunte injuria, ni el embustero se dé por agraviado supuesto que él mismo autoriza el reproche que se le dirige. ¿Cuántos de estos no oyeron los fariseos de la boca de Jesucristo para castigar su pernicioso hipocresía? La calificación justa que de sí mismo hace el hombre malvado, es un modo el más descarado de insultar á todos los hombres, porque ó los juzga incapaces de discernir lo que es virtud y vicio, ó quiere que los ignorantes juzguen compatibles la verdad y la mentira.

Suele ser muy comun entre los hombres creerse de una conducta ajustada, al mismo tiempo que para satisfacer sus pasiones interesadas no se embarazan en arróstrar las más criminales empresas: para todo halla razón su viciada moral si se le presenta á la vista el estímulo de su temporal fortuna, ó el medio de satisfacer una grosera venganza. Sobre estos dos polos se estableció el giro de la sublevación de N. E.: la ambición y la venganza fueron las palancas con que se pensó trastornar el coloso político, que la nación española había erigido en esta América á costa de años y de sacrificios. Este coloso aun se mantiene en pié después de catorce meses que muchos desnaturali-

zados americanos se desvelan y apuran sus maniobras para hacerlo caer; ¡pero cuanto ha desmerecido en este tiempo de aquel brillante esplendor en que llegó á verse! Se desterró de él ya, quizás para siempre, aquella dulce tranquilidad que reynaba en todo su horizonte, quedando substituidos la desconfianza y el crimen, en cuyas torpes aras ya no dexará de verse derramar la sangre, por ser este el fruto que dexa la maldad después que el hombre facineroso se arrojó á erigirla altar en su perverso corazón.

Todo este horrible daño ha sido ocasionado por una congregación de pícaros entonados, que presumieron establecer sobre sus hombros un imperio independiente á expensas de la rusticidad de sus mismos compatriotas y de las más bárbaras imposturas. Muchos de los autores han marchado ya á ser residenciados por la justicia eterna de un Ser Omnipotente, que hace triunfar sus leyes sobre el exterminio del malvado. Los demás existen vivos; pero aherrojados á la espantosa cadena de una responsabilidad de difícil satisfacción para aquel juez que la exige con rigor aun de los justos.

Desde su córte de Guadalajara gritaba Hidalgo *el verse en la necesidad de rechazar las sospechas que se tenían de su impiedad y de su infidencia cristiana*; ¡pero cómo rechazaba estas sospechas? Ocupando la noche en los bayles, satisfaciendo su glotonería en los banquetes nocturnos, y al irse á dormir dándole la orden al sanguinario Marroquín, ministro executor de su crueldad, para conducir en el silencio fuera de la ciudad, el número de víctimas europeas que debían ser ofrecidas á la seguridad de su usurpado escandaloso trono. El edicto del Santo Oficio fulminado en 13 de octubre de 810 en que se le convidaba á defenderse de las doce proposiciones impías de que se le acusaba desde el año de 800 ¿por qué no le movieron á defenderse por escrito ó personalmente quando pudo haberlo hecho con seguridad, baxo un *salvo conducto* que le hubiera franqueado el gobierno con escrúpulo religioso? ¿No se lo franqueó el Sr. Carlos V á Martín Lutero, quando en abril de 1521 se le citó á responder de su fé y demás errores en la dieta de Wormes? ¿Es el modo de rechazar las

sospechas de infidencia política y errores católicos, divertirse con derramar sangre inocente, robar los bienes de otros, erigirse en supremo gófe de rebeldes, provocar conjuraciones, mantener un serrallo libidinoso &c. &c. &c.? Para rechazar sospechas de heregia, si estas eran infundadas, ninguno tuvo mejor proporción que Hidalgo: si este en su conciencia no tenía más delitos que los que eran concernientes á una declarada rebelión política, pudo muy bien haberse desembarazado de quantos se le atribuían contra la religión, con dar una abundante prueba de no ser delinquente por este lado; pero la lástima es, que esta no podía darla; porque su relaxada conducta, sus escandalosas expresiones, su libertinage desenfrenado y su vehemente inclinación á las hembras lo llevaron insensiblemente á burlarse de una religión santa que desaprueba quantos placeres se conforman con la bruta sensualidad del hombre. La mejor prueba de la virtud ó relaxación de este hombre son sus palabras y sus obras: unas y otras podrán alguna vez adornarse con el vestido de una meditada y despierta hipocresía, pero no siempre se esconden á la censura de un ente vigilante y atento que las examine de cerca.

Para la nave de la vida humana, mientras navega en el océano del tiempo, no hay escollo más funesto que el de la lascivia: en él se han estrellado los hombres más grandes que no han tenido la cordura de evitar su choque. Salomón debe ser el mayor ejemplo que podemos tener á la vista los mortales: él fué el más sabio que han visto los siglos; pero su sabiduría se convirtió en necedad desde el instante que entregó su corazón al encanto de sus hermosas concubinas, las cuales le conduxeron hasta el exceso de dar prohibido culto á las deidades profanas. Es el amor deshonesto más activo que el vino para destruir las funciones del entendimiento: no hay narcótico más poderoso para entorpecer al alma racional: por esto diré una y mil veces que el hombre lascivo y disoluto es el que está más bien dispuesto á abrazar la impiedad; porque el error con la luxuria tiene cierta analogía que parece no puede llegarse á aquel sin el misterio y la ayuda de esta.

Continúa Hidalgo y jura á sus americanos que

jamás se ha apartado de la creencia de la Iglesia católica: que no ha dudado de sus verdades: que cree infalibles sus dogmas, y que por ellos derramará su sangre. Esta atestacion en la boca ó pluma de cualquiera americano honrado deberia creerse sincera, y como una confesion verdadera de su religiosa creencia; pero en la boca de Hidalgo y de cualquiera de sus partidarios es un escándalo. Es dogma de fé que debemos un culto respetuoso y amante á la Madre de Dios, en cualquiera de sus imágenes venerables: es dogma de fé que debemos sujetarnos á las leyes establecidas, y á las autoridades que nos gobiernan por ellas: es dogma de fé y de derecho natural, que no hagamos á otro el mal que no queremos que nos hagan, y dice el descarado Hidalgo, ¿que jamás se ha apartado de su creencia, ni dudado de su verdad? Pero en este instante me ocurre al pensamiento, que si Hidalgo habla con verdad en su protexta, se califica por el hombre mas abominable que han conocido los siglos; porque creyendo la existencia de Dios, creyendo las leyes que ha dictado á los hombres, y creyendo todo lo demas que cree su santa Iglesia, se resolvió á ultrajar todos estos altísimos respetos con una osada determinacion de que no es capaz Satanás, porque este ángel rebelde tiene muy coartadas las facultades de hacer el mal á que su soberbia lo alienta. El que no cree en Dios ni en sus misterios, no es extraño que contra él se conjure; pero creer y obrar decididamente contra lo que se cree, es una nueva especie de heregia, en que no teniendo parte alguna el entendimiento humano, es todo obra de una voluntad luciferina que en nada piensa mas que en destruir las obras y disposiciones de aquel Ser Supremo á quien debió la existencia. Dixe que Hidalgo era el mas abominable, porque no le encuentro paralelo, aunque no falta otro que puede asemejarse en algo. Vease quien es.

Juliano apóstata, emperador del Oriente, aborreciendo á Jesucristo y á toda su doctrina, probaba su creencia, y que jamás se habia apartado de ella: por eso herido de muerte en la última accion que dió á los Persas, presumiendo justamente que aquella mortal herida era castigo, tomando puñados de su misma sangre la arrojaba

hacia el cielo diciendo: *venciste Galileo, venciste.* El hombre puede muy bien creer y obrar contra lo mismo que cree; pero para ser digno miembro de la Iglesia católica y justo, se necesita que la fé se acredite con el testimonio de las buenas obras que la dan vida, y de lo contrario es una *fé muerta* como la llama el apóstol.

Otra prueba de que la fé que tenia y publicaba Hidalgo, era una fé injuriosa á los mas altos misterios de la religion, es no solo poner toda la multitud de sus crímenes bajo el sagrado asilo de la Madre de Dios, invocar el santo nombre del Señor para alentar el estrago revolucionario... sino, despues de confesar su creencia á los dogmas rebeldes decir, *que estaba dispuesto á derramar la sangre por ellos.* Esta expresion es equívoca, y es necesario forzar su genuino sentido para darle un aspecto favorable hacia el hombre impio que la produjo. El no dice que está dispuesto á derramar su sangre por ellos, ni por defenderlos, sino que está dispuesto á derramarla por ellos. Yo puedo decir sin que se me arguya de delito, que estoy dispuesto á derramar la sangre por los rebeldes, porque militando en su contra, puedo tener la desgracia de morir á sus manos: con que si el ex-cura graduó como delito que militaba contra sus ideas usurpadoras, el ser fiel á los preceptos y máximas del Evangelio, expuso rectamente las perversas disposiciones de su corazon para derramar la sangre de aquella fidelidad que era en su contra.

Sé muy bien que Hidalgo con la protexta que aquí se le censura, tiró á deslumbrar las insolentes huestes que acaudillaba, y á desimpresionarlas del mal concepto que pudo difundir entre ellas el edicto del Santo Tribunal de la Fé; pero aun en este medio que eligió su deprabacion supo ir consiguiente, satisfecho de que sería difícil descubrir el veneno que ocultaba una explicacion al parecer virtuosa. ¿Cómo puede creérsele que jamás se habia apartado de la creencia de la Iglesia santa quando su vida relajada, y los bárbaros crímenes que cometió en el espacio de quatro meses que se hizo llamar generalísimo de America lo desmienten? El dice que no duda de las verdades de los libros santos, y que está convencido de la infalibilidad de los dogmas del

catolicismo; ¿pero procede de conformidad con lo que cree? Creer y atropellar los preceptos que se creen, decidida y resueltamente es conjurarse contra Dios, que es el objeto de la divina fé, y tirar á destruir todas sus altísimas disposiciones. Esta es una de las ocupaciones de Satanás siempre que logra libertad para poner en execucion su espiritu vengativo.

La mayor parte de los heresiarcas que se han conjurado contra la Iglesia de Jesucristo se han presentado con el aparato de doctores, y han procurado por su boca canonizar su conducta y su doctrina, pero resistiéndose soberbiamente á que sea examinada por la legítima autoridad de la misma Iglesia. Esta dura resistencia, es la mejor prueba de que la doctrina que enseñan, oculta mucha impiedad que no quiere la malicia de los sofistas que se descubra. Tales predicantes para sostenerse, buscan partido y desgraciadamente lo encuentran entre las gentes de cortos alcances, y presumidos relajados; y su permanencia ó destruccion queda al arbitrio de la divina Providencia, que dirige la nave de la Iglesia entre las tempestades ó bonanzas que la presenta el espíritu humano. Para que esta sagrada nave no se estrelle contra el arrecife de la concupiscencia á que tienen tanta propension los mortales que conduce, es necesario llevarla por la alta mar de la tribulacion. Muy grande es la que padece en el dia la monarquía española por propios y extraños; pero no padecerá naufragio, porque tiene en su seno mucha virtud, que estima el diestro y divino piloto que la gobierna.

La misma direccion dió á sus locos pensamientos el cura Hidalgo: él se hizo creer entre sus turbas silvestres como un doctor: un ángel de paz baxado del cielo para la felicidad de los hombres: ninguno de quantos fueron el objeto de su odio dexaria de oír aclamarle *santo padre* como yo lo escuché muchas veces: esta comun opinion de los suyos era una forzosa consecuencia del continuo encomio que él hacia de sus virtudes, disfrazándolas con la capa de la justicia, reprochando la conducta de los europeos, y aparentando siempre una seductora hipocresia. Si él se consideraba inocente en lo moral ¿por qué no lo hizo ver invitándole el Santo Tribunal? Aun-

que él suponía muchos, ningun obstáculo razonable le embarazaba dar una pública satisfaccion. Nada vale decir, *yo soy inocente y justo*, es necesario acreditarlo, como acreditaba Jesucristo su doctrina y su virtud. A los enviados del Bautista que llegaron á preguntarle si era el Mesias, solo les respondió, decidle á Juan que por mí los mudos hablan, los enfermos sanan y los muertos resucitan. ¿Puede darse prueba mas convincente de la virtud de un hombre, que el que todos sus semejantes publiquen su beneficencia?

EL ARISTARCO.

NUMERO 13.

Continuacion del discurso contra el fanatismo de los rebeldes de Nueva España, por Don Fermín de Reygadas.

CONTINUA LA PROPOSICIÓN UNDÉCIMA.

Así se prueba el verdadero mérito de los hombres; por lo que ejecutan en favor de la humanidad. ¿Qué debería responder Hidalgo á los que le hubieran preguntado sobre los efectos de su usurpada autoridad? No otra cosa que—*Decid á todos los hombres; que por mí la religion se profana, la inocencia se oprime, las familias se destruyen, el orden público se trastorna, y los vicios y los delitos en todas sus formas triunfan.*

Los hombres que no han vivido entre los rebeldes están muy distantes de concebir hasta que grado llegan sus excesos. Se persuaden á que lo que de ellos se dice son unas ponderaciones de la imaginacion fecunda de los que aborrecen, muy distantes de la realidad. Para adquirir el desengaño, el único medio sería cargar con todos los incrédulos y colocarlos en medio de sus asociaciones para que la verdad que sus oídos no admiten, les entrará por los ojos, é hiciera de este modo mas impresion en su corazon. El que oye la muerte dada á un hombre inocente con todas las circunstancias que caben en la atrocidad, por bien pintada que vaya con los coloridos de la eloquencia, no es capaz de causar tanta sensacion, como si aquella muerte se executara ante sus ojos. Se compadece la muerte de tantos fanáticos infelices, y no se consideran sus resueltas dis-

posiciones á envolver en fuego y sangre quanto se oponga al curso de sus maldades. Todos los hombres tienen derecho á defender su vida y sus intereses del atrevido enemigo que quiere despojarle de su posesion, y en no bastando el medio de la persuasion para contenerlo, lícito le es el destruirlo para adquirir por este la seguridad que le falta. Si esto es justo en lo particular, ¿quanto mas lo será en lo general sino encuentra otro recurso el órden y la felicidad del estado? ¿Se ha de abandonar este al arbitrio de una multitud insolente que todo lo atropella? Entre la autoridad pública que defiende sus derechos sancionados por la razon y el tiempo, y la congregacion rebelde de sus subditos alarmados con el objeto de destrozár aquellos derechos, no hay otro tribunal que el de las armas que decida la diferencia. La virtud y el vicio han de estar en continuo choque mientras existan hombres sobre la tierra; pero atendida la asistencia del eterno Provisor á mantener el órden de todo lo que le pertenece, facil es inferir qual de los dos partidos debe triunfar de su contrario.

PROPOSICION DUODÉCIMA.

Digan mis feligreses de la villa de S. Felipe y pueblo de Dolores si les he explicado las penas del infierno: inspirado horror á los vicios y amor á la virtud; y hécholes ver la desgraciada suerte de los que mueren en pecado. Sean testigos los que me conocen, y el ejército que comando.

No es Hidalgo solo el que puede decir quanto abraza esta proposicion; los curas Mercado, Morelos, Correa y otros, que no quiero señalar, con varios frailes, han asegurado lo mismo; ¿pero que fruto ha producido su predicacion? ¿No han conformado estos sus palabras y sus operaciones con las de aquellos detestables fariseos, cuya hipocresía fué muchas veces el objeto de las invectivas de Jesucristo? ¿No advertia este divino Maestro al pueblo su compatriota que siguiera las máximas que aquellos doctores dictaban desde la cátedra, pero que se guardára de imitar su conducta privada? ¿No los llamó sepulcros blanqueados para significar que baxo una agradable apariencia exterior, escondian en lo interior peste y cor-

rupcion? ¿Quanto fariseismo de esta clase sostiene la superficie de la tierra!

Es el cangrejó uno de los animales extraordinarios que nos presenta la naturaleza como el mejor símbolo del torcido giro que dan á su conducta los malvados. Este animal jamas camina hácia su frente, y su curso ó ha de ser hácia atras, ó con mas frecuencia hácia sus costados, y dice la fábula: que habiéndose congregado todos los cangrejos ancianos con el objeto de corregir su modo de andar, que los ridiculizaba entre todos los demas animales; despues de discutido un asunto tan interesante se resolvió que se mandára á todos los padres que en la educacion de sus pequeños hijos entrára como obligacion principal la de enseñarlos á andar hácia adelante. Los padres de familia obedientes á esta ley congregaban en sus domicilios á sus pequeños, y despues de inspirarles muchas veces las ventajas que les produciria el andar para adelante como los demas vivientes, nada pudieron adelantar de la juventud, porque le faltaba el exemplo para la imitacion. Castigaban los padres á los hijos para obligarlos á obedecer sus instrucciones especulativas; pero pidiendo los hijos la intruccion en la práctica, quedaron los maestros confundidos con la imposibilidad de dar esta enseñanza, y se abandonó el proyecto.

Nada persuade mejor á la juventud racional para ser buena, ó para ser mala, que el exemplo que recibe de sus padres, maestros y mayores: ella es como una buena clase de monitos que en nada ponen mas cuidado que en imitar lo que ven hacer á otros que tienen sobre ellos superioridad; pero con la diferencia de imitar mas prontamente lo malo, que lo bueno, por la corrompida disposicion de nuestra naturaleza á apreciar con preferencia quanto halaga á los sentidos.

Quiero pues, suponer cierto que Hidalgo y los demas degraciados curas que se han arrojado á alentar la rebelion del reyno, hayan predicado á sus feligreses quanto abraza la proposicion que se le analiza: ¿prueban algo con esto á su favor? De ningun modo. Jesucristo y todos los buenos operarios que eligió para cultivar la viña de su iglesia apoyaron la santidad de su doctrina, mejor que con los milagros, con sus irreprezibles é in-

centes costumbres. Su humildad, su desinterés, su obediencia á las autoridades establecidas en todo aquello que no se dirigia contra el honor de su crucificado Dueño, y su inculpable conducta, arrancaban del entendimiento y de la voluntad de los gentiles el convencimiento y el amor de las verdades que predicaban. El predicante que tiene una vida relajada y delinquente, mas propio es para pervertir, que para convertir: mas á proposito es para transformar de la virtud al pecado, que del pecado á la virtud; porque hacen mas impresion en nuestro corazon las noticias que entran por los ojos, que las que entran por los oidos, y mas si aquellas vienen apadrinadas con la condecoracion del individuo que las produce.

Dice, que *ha explicado las penas del infierno*. Poco parece que las temen aquellos que debian saber que estan destinadas á ser el premio eterno de los que aborrecen á otro contra razon, lo roban y asesinan, usurpando á Dios la autoridad privativa que tiene sobre la vida de los mortales. El infierno: aquella eterna cárcel tan cierta y existente como el mismo Dios, y destinada por su justicia para los perversos, es un destino imaginario para la mayor parte de los hombres: muchos de los que le creen, apenas hallan delito que merezca aquella prision, por cierta incompatibilidad que encuentra su sofisteria entre el crimen temporal y el castigo eterno; por esto quizas semejantes miserables se arrojan á cometer delitos, fiados torpemente en que serán tan fácilmente perdonados como fueron fácilmente cometidos; mas este error ¿quién será capaz de extirparlo de la viciada imaginacion del hombre que tiene á la vista y se vé rodeado de tantos exemplos delinquentes?

Continúa Hidalgo—*é inspirado horror á los vicios y amor á la virtud*. Lo mismo dicen que han hecho todos los demas curas y eclesiásticos que han seguido su plan revolucionario; ¿pero con su conducta escandalosa no prueban que son unos embusteros, ó que ignoran lo que es vicio y lo que es virtud? Hidalgo y sus colegas ó coadjutores, mirando al pais de su origen oprimido por un coronado ladron extranjero que quiso hacerse dueño de su trono, y á este reyno con tan poca fuerza como la que habia menester pa-

ra su decoro, un gobierno justo que descansaba sobre la fidelidad de sus habitantes, trataron, sin autoridad ni razon de buscarse una independencia que los colocára en la posesion de los mas altos empleos del estado y de las riquezas que vomitaban sus montes minerales: en este primer pensamiento no tuvo el menor lugar la religion. En seguida pensaron en prender á todos los españoles europeos para despojarlos de todos sus bienes, los cuales debian pasar á manos de los facciosos; porque aquellos individuos en libertad se consideraban como un obstáculo insuperable para lograr el fin á que aspiraban: en este segundo paso no solo no se escucharon los dictámenes de la religion, sino que se atropellaron descaradamente con un acto el mas injusto, como es el despojar violentamente á otro de lo que es suyo. Al ver que el gobierno, auxiliado por todos los hombres de bien, trató de sostener su inmunidad política, adelantaron los rebeldes el paso de dar una muerte cruel á quantos españoles europeos habian tenido la desgracia de caer en sus manos facinerosas, cuya muerte sufrieron los mas: y para estos inclementes asesinatos ¿consultarian á la religion? Que respondan ellos y todos los que autorizan su temeraria sublevacion. Irritados cada vez mas, al ver que el cielo por un no esperado medio se ha burlado de todas sus ilusiones placenteras desplegaron toda la malicia que abrigaba su corazon, y no hay maldad que no pongan en accion para llevar al cabo su insolente fanatismo, ¿y es esto inspirar horror á los vicios y amor á la virtud? Que respondan todos los hombres del mundo, y aun aquellos que están fuera del gremio de la iglesia y no desconocen la virtud. ¿Cómo han de inspirar horror á los vicios, los que atrevidos contra la moral cristiana han opinado ser lícito destruir á los gachupines y apoderarse de sus bienes por la sola razon de que llegan á este reyno pobres, y en él han adquirido riquezas á costa de su industria y trabajo? Si esta razon debe valer, ningun americano pudiente tiene derecho á sus bienes, porque los mas los heredaron de gachupin, y no teniendo dominio justo el adquisidor, tampoco debe tenerlo el heredero. Si el gachupin por haber venido de España á mejorar de suerte en este suelo no tiene